

## LA PASION ROMANA DE GOETHE \*

Goethe, tan enemigo de lamentaciones y suspiros elegíacos, tan capaz de superar penas y dolores en renunciamiento silencioso, tan propenso a cantar serenamente las angustias íntimas, no pudo retener, sin embargo, entonaciones melancólicas, al separarse, en la plenitud de su florecimiento intelectual, de Roma, la patria de su espíritu. Una partida llorada; un sentimiento doloroso, semejante al morir — éstas son sus palabras.

Parecía próxima la desaparición de ese mundo que, después de tanto errar, había contemplado como la representación manifiesta de lo acabadamente bello y sereno. La tristeza del viajero surgía de entre los escombros presentidos. Una vez más aferrábase el poeta a esas figuras, a esos fantasmas que pronto se desvanecerían; una vez más, en aquella noche última, junto al Capitolio, contemplaba las estrellas del cielo romano, próximas a extinguirse. Con el corazón conmovido paseábase solitario bajo las sombras ilustres, cruzaba la Via Sacra, se estremecía frente al Coliseo, proyectaba, en fin, una "summa summarum" de sus días de Italia. Esas últimas impresiones debían grabarse profundamente en esta alma fervorosa. Lloraba su despedida de Roma como se llora la muerte de una amada. Próximo estaba ya el alejamiento, la separación quizá definitiva, la inhumación de lo más caro. Más amargo y más irrevocable que el destierro de Ovidio le parecía el suyo, y sus ojos — siempre serenos — conocieron las lágrimas.

Su amigo Heinrich Meyer, que prolongaba su permanencia en Roma, no supo, sin embargo, nada de lo que Goethe sufrió al partir. Y esta pena tan íntima no se apaciguó nunca. En el umbral de la muerte el poeta se complacía aún en esos

\* Para VERBUM. Roma, marzo de 1932. Traducido del alemán por Ana Luisa Fuchs y Angel J. Battistessa.

recuerdos de la plenitud gozada en el lejano sur; en Roma — aseguraba — había sido feliz por primera vez en su vida. Deseaba no ser turbado en la añoranza de sus anhelos no cumplidos, gustaba no sentirse privado de ese perfume de las nostalgias íntimas. Recordamos la "dulci voluptas quaedam" que también Petrarca gozaba y padecía.

Ininterrumpido fué siempre para Goethe este recuerdo del bello y lejano país. Solitario en un mundo que lo glorificaba, permaneció como ciego frente al encanto de su tierra turingia, a la que tanto amaba, sin embargo. El cielo del septentrión nunca le parecía suficientemente azulado y luminoso: recordaba las brisas del mediodía más acariciadoras — más cálidas, más suaves —; las nubes eternamente dispersas; las fisonomías francas, amables y sonrientes bajo el cielo favorecido; las formas y los contornos de los cuerpos más regulares y tentadores; la naturaleza vivaz y florida, las praderas verdes y frescas, los árboles altos y variados, no tan rígidos y mustios como los del norte. Recibía con acogida simpática a los amigos que llegaban de Italia. Con alborozo compartía su entusiasmo. "Recuerdo lo que sentí entonces", suspira cuatro años antes de su muerte. "Sí, puedo afirmar que sólo en Roma conocí lo que es el hombre en realidad. Nunca más he experimentado en mis sensaciones tal intensidad y tanta dicha". Catorce años antes de su muerte ya había confiado al canciller Müller que después de dejar tras sí el puente Molle no había vivido un solo día de felicidad completa.



En la vida espiritual de Goethe, Italia significa, indudablemente, la etapa más decisiva y poderosa; es en esa fase de su desenvolvimiento donde más tiempo hubiera querido detenerse este suscitador de hombres. Roma es para él como el símbolo de una transformación interior, anhelada primero, conseguida después. Por cierto que su gratitud incontenible le hizo aparecer a la Ciudad eterna bajo una luz demasiado clara y transfiguradora. También en el norte brillaba para el poeta un sol vigorizante, aunque más tornadizo; también allá el

creador recibía el influjo de fuerzas saludables y reconfortantes, que lo salvaban de todo desfallecimiento, empujándolo hacia arriba. Ya antes de que alcanzara en el sur toda su potencia expresiva, Goethe había sabido dar forma a lo difuso y fijar lo incorpóreo. Las Gracias rafaeliticas rodearon su cuna. ¿No eran, acaso, el decoro expresivo y el señorío espiritual, el ánimo bien dispuesto y el ademán afable, dones suyos innatos? En medio del torbellino de las pasiones, azotado por todas las tempestades del intelecto, conturbado por la falange de sus demonios íntimos, arrastrado ya a alturas escarpadas, ya a simas pavorosas, a goces y a sufrimientos, al éxtasis y a la desesperación, arde y se consume en la fiebre de sus héroes, vive las penas de su Werther, se entusiasma ante lo instintivo e indomable de los personajes de Shakespeare, desafía a los dioses, emula a Prometeo; voluptuosamente imagina para sí propio la trágica muerte de su Mahoma, de su César, de su Redentor, de su Judío errante, de su Fausto, sin retroceder ante lo fantástico y sobrenatural. ¿Pero no se impone ya desde entonces moderación y límites, preestableciendo, en cierto modo, el fin luminoso de su carrera turbulenta y laberíntica? En otros términos, ¿no supo suavizar y conciliar desde temprano esa eterna y dramática discordia entre sus dos almas enemigas?

Con motivo del viaje de Goethe a Italia, insensato sería suponer la destrucción del caudal espiritual ya existente y la edificación de un nuevo mundo sobre las ruinas del antiguo en la intimidad de este poeta que ya en su férvida juventud había echado los fundamentos de toda su obra vital, que ya en sus años mozos había diseñado el asunto y la intención de sus escritos más geniales. Aun contradiciendo el juicio del propio poeta, nos inclinamos a asignar a ese pretendido renacimiento un valor puramente metafórico. La verdad es que en el alma de Goethe ya se encontraban los gérmenes de todas las obras que luego modificaría en Italia, dándoles nueva forma. Eran gérmenes que sólo necesitaban tiempo para prosperar y desplegarse. El sol de Italia no haría sino precipitar la sazón. Allí lo iniciado pudo evolucionar rápidamente hacia la perfección, convertirse en fermento libertador lo que al principio había oprimido el pecho, el espíritu turbio iluminarse,

el error trocarse en sabiduría, la angustia transfigurarse en canto.

No hay que olvidar, sin embargo, como antecedente importantísimo, la cadena de impresiones que se extiende desde la más tierna edad del poeta hasta el declive de su vida. La primera representación que tuvo el niño del lejano país de lo bello, los cuadros y las vistas de Roma en las paredes de la casa paterna, un verdadero trozo de Italia en el juguete de un modelo de góndola, la familiaridad con el idioma y con el modo de ser italianos en la época del primer desarrollo, la consiguiente inclinación hacia lo fantástico. Para el joven poeta, todo eso era como una invitación, como un llamado constante. El deseo fué acentuándose con las descripciones del padre, quien, por haber aprovechado adecuadamente las andanzas de su juventud, conservaba recuerdos inolvidables de su viaje a Italia. Taciturno y poco comunicativo por lo común, este hombre digno y serio hacíase conversador expansivo al hablar de las impresiones y aventuras de su viaje. Puso su alma entera en la biblia de recuerdos que, más tarde, en décadas de apacible aislamiento, redactó en lengua italiana. Comunicó al espíritu del hijo su propio amor hacia la tierra de las ensoñaciones gratas, la que se le aparecía, en la lejanía transfiguradora del recuerdo, como exaltada por encima de las penas y amarguras mundanales. ¡Cómo conmueve ver a este hombre, austero y aparentemente insensible, esforzándose por retener el resplandor más luminoso de su juventud desvanecida! Cuidaba cariñosamente las flores, tan frágiles, de su añorado jardín; Italia era el centro de todos sus intereses espirituales; adornaba su casa con el reflejo coloreado de su lejana patria meridional; recomendaba a todas las personas queridas un viaje hasta ella. Amante del arte, pero sin talento creador, supo educarse artísticamente y fué un Mecenas capaz de apoyar y fomentar, en general, las inclinaciones de su hijo. Siempre prescribía una peregrinación a Italia como único remedio para curar los males y heridas del espíritu.

Olvidamos con excesiva ligereza todo lo que debemos a este excelente conocedor de la tierra italiana. Según él, las modalidades septentrionales debían sumergirse, para lograr su entera plenitud, en el flúido vital, más dinámico, del sur. Y era

su propio pensamiento, y era su amor a Italia, y eran, en fin, todos sus anhelos los que su hijo incorporó muy luego a sus aspiraciones más íntimas. La madre del poeta nos refiere cuántas veces éste realizó el viaje en alas de sus devaneos. El sueño, sin embargo, terminó por transformarse en realidad. Y es sorprendente que esto sucediese relativamente tarde, recién al alcanzar el poeta los treinta y siete años de edad. La salvación espiritual ansiada, la liberación de los negocios y trastornos cotidianos no le fué asequible en forma inmediata, a él para quien fueron fáciles tantas cosas. Por momentos, el amor torturante mostrábase más poderoso que el impulso, tan resuelto, hacia el sur libertador; Lili vencía a Italia. Pero por fin, indefectible, sonó la hora; por fin, entre las prisas de su huída — huída de enamorado — la tierra prestigiosa e ilustre abrióse, acogedora, ante el peregrino del espíritu. Soplan aires suaves. Se dispersan las nubes. Hacia un cielo alegre, hacia un sol esplendente marcha el libertado. Se desahoga el pecho y por las venas, tumultuosa y renovada, se precipita la sangre. El poeta se siente rejuvenecido, pleno. Goethe piensa en una determinación del destino, cree en la providencia.



Al cumplirse de este modo su mayor anhelo, Goethe no sufrió, por cierto, decepción alguna. El cuadro amable de la tierra de los ensueños le ayudó a completar la obra interrumpida y casi abandonada. La paz inundaba ahora el pecho antes oprimido del poeta. Confiando en dioses indulgentes, el peregrino se dirige hacia la serenidad azul del mar latino, precisamente cuando ya las mareas de su propia vida empezaban a aquietarse. Las potencias divinas le fueron propicias, a él que ahora sólo deseaba disfrutar libremente, humanamente, de los bienes terrenales. Benigno, el cielo italiano prodigóle sus bendiciones. Aquí todo parece invitar al goce, confiesa el poeta. Y sin descanso habla de alegría, de placer, de rejuvenecimiento feliz. Sólo en Roma se podía alcanzar el ideal, el suyo: vivir en completa armonía consigo mismo, consagrarse al arte. La mujer de Herder, que comprendía el explicable

malestar de su marido en la Ciudad eterna, adivinaba también el entusiasmo de su amigo: "Goethe — dice — prospera mejor en Roma".

¿Pero qué era lo que Goethe, llevado por el alto vuelo de su fantasía, venía a solicitar de la tierra de Italia? Luz en lugar de oscuridad, orden y ley en lugar de arbitrariedad y confusión. Efectivamente, en Italia la mano de Dios debía adivinarse mejor que en cualquier otra parte. No hay aquí contornos borrosos, perfiles desvaídos. Lo caótico se transfigura y cristaliza en cuerpos armónicos. Lo incompleto logra su acabamiento y perfección; más esbelta y proporcionada es la arquitectura corporal; los rostros son más finos y expresivos en esta atmósfera tan clara. Al cuerpo hermoso, danzante, debía corresponder, necesariamente, un alma bella, férvida. Según opinión del poeta, un clima tan favorable tenía que originar hombres con dones corporales y espirituales igualmente extraordinarios. Esta concepción en exceso naturalista de la vida, Goethe la compartía con sus amigos íntimos. ¡Cómo le dolía a Schiller sentirse exilado de esa tierra que era también la de sus deseos! ¡Qué triste le parecía esa eterna privación de los paisajes soñados! Un alma noble — pensaba — debía seguramente desarrollarse mejor en el clima meridional que en el brumoso norte.

Atento siempre a la evolución y al enriquecimiento de su personalidad, Goethe se alegra como un niño por sus progresos éticos, por su enmienda. La madurez comienza. La dueña de su corazón, de la que había huído, comprende el aislamiento en que aparentemente se halla el poeta entre un pueblo tan sensual como el italiano. Pero Goethe, sin timideces, tiende audazmente la mano para apoderarse de esa vida nueva y variada, de esa multiplicidad de sensaciones. Todo es goce en su vida. Y, sin embargo, Goethe lucha por lo supremo, por lo más puro; abraza y comprende todas las cosas, las ve claras y concretas, con límites precisos; cultiva el límpido simbolismo del arte, que reúne y domina las fuerzas vitales hermanándolas.

La cultura artística y la firmeza moral ganadas en Italia le parecían incommensurables. Ahora el peligro, antes siempre posible, de caer en lo confuso, en lo informe, en lo inarmó-

nico, quedaba vencido. El mundo romano de las formas le atraía desde su centro de irradiación, la Ciudad eterna. Al fin se transformaba el ideal soñado en realidad, lo fragmentario y transitorio en acontecimiento perdurable, el juego y el arte en grave problema vital, en filosofía. Lo percibido en la tierra clásica le facilitaba la clara visión de su propio mundo espiritual. No más vaguedades. Nada de tinieblas. Hacia lo moral a través de lo estético. Lo que no era plástico desaparecía del terreno artístico. Lo que no era preciso, clarificado, limpio, no contaba en la actividad intelectual. Y, entre tanto, siempre más penetrante se hacía el ojo del escritor, ejercitado y aguzado por la práctica del dibujo a que entonces se sometía. Aspiraba a llegar de este modo a la intuición suprema de los cuadros reproducidos, y en cuadro tendía a transformarse todo lo que sentía, todo lo que pensaba el poeta.

A ese favorito de los dioses le fué dado llevar a cabo su viaje en completa conformidad con su nueva visión de la vida y del arte. Winckelmann había descubierto para los habitantes del norte este país anhelado. Un torrente de artistas y amantes del arte había invadido, en olas cada vez más pujantes, la ciudad de las ruinas, la Ciudad eterna. Nadie permanecía inactivo. Para todos los sentidos aflúan estímulos, invitando a la contemplación, al goce, a la vida. Pronto aumentó en Italia el círculo de los amigos de Goethe, que ofrecían así al poeta desarraigado la fuente vivificadora capaz de hacerlo prosperar en suelo extranjero. El gran germano, no obstante su encendido entusiasmo por las cosas itálicas, habíase rodeado, en efecto, de calificados compatriotas. La vida debía pulsar vigorosamente en esa atmósfera depurada, pero también en Roma debía gravitar asimismo el mundo casi musical de los sentimientos alemanes. Latinidad y Germanismo. Todos los artistas y hombres de ingenio que acompañaron al poeta por Roma, Nápoles y Sicilia, habían bajado del norte neblinoso. No los nombraremos aquí; son suficientemente conocidos.

En el poeta, ya libre de cuidados e inquietudes, es asombrosa la inclinación cada vez más pronunciada hacia el orden y la regularidad; el deseo de descubrir y desentrañar en los fenómenos fugaces lo invariable y perduradero, de percibir en el instante que se desvanece la palpitación de lo eterno, en el



cambio de las especies y en el tránsito de las formas el fondo estable, incommovible. Si, no sólo la Naturaleza avanza según leyes rígidas, cumpliendo su evolución al parecer preestablecida, también el arte se substrahe a la contingencia y obedece — creación suprema de la Naturaleza — a la severa necesidad. El poeta, en su caza de principios esenciales, arrebatado por la idea de una interpretación natural, trata, precisamente en Roma, de establecer, de formular esa interpretación. Sólo le importaba encontrar en el caos confuso de las apariencias un pensamiento dominante, fijar la unidad de lo múltiple y vario, concebir a Dios, la Naturaleza y el arte como un todo indiviso. Roma le dió la solución de tantos problemas. Lo que antes sólo había sospechado, se transforma ahora en verdad absoluta. Roma, la verdadera patria de Winckelmann, enseñóle asimismo cómo un espíritu nuevo y vivificador puede surgir de un mundo en ruínas. Su evangelio del sano clasicismo frente al morbosísimo romanticismo fué también una sugestión de origen romano. La tarea más digna en que al hombre le es dado ocuparse era evidentemente el estudio de las modalidades espirituales y corporales, así como la antigüedad lo había comprendido y ejercitado con soberano acierto. La lección de la antigüedad debía, pues, actuar no sólo como poder sugeridor, formador, sino también, y principalmente, como fuerza moral capaz de fortificar y de elevar el alma. A la antigüedad — maestra de la vida y guía de toda liberación interior — Goethe quedó unido, desde sus días de Italia, con todas las fibras de su corazón. La antigüedad serenó su espíritu y, por ende, clarificó su arte. Aportó, o completó por lo menos, la forma bella y clara de sus visiones fantásticas. No es de extrañar entonces que, por contraste, más que por incomprensión, Goethe llegase a ser injusto con otras manifestaciones artísticas, incluso con aquellas que habían suscitado el arrebatado afectivo e intelectual de sus primeros años. En sus jornadas italianas, el en otro tiempo admirado maestro Erwin, creador de la catedral estrasburguesa, permanece como sepultado en su corazón; ahora se arrepiente Goethe de sus antiguos himnos al arte gótico, ahora adjetiva de "bárbara" a la cultura nórdica. Antes, en la esfera de sus pensamientos, Alemania se había destacado poderosamente; ahora es Italia la



que emerge dominante. Su juicio histórico, bruscamente simplificado, pasa por alto siglos enteros. No da importancia alguna a la Edad Media. Acerca de Giotto y de los primitivos guarda silencio. Para él sólo el Renacimiento aporta luz a aquel mundo sombrío. Ahora, al antiguo titán, al hombre fáustico, lo esbelto lo cautiva más que lo grandioso, lo mesurado más que lo inmenso e indómito. Las figuras colosales creadas por Dante y Miguel Angel son ciertamente admirables, pero infunden sagrado terror, son apenas comprensibles para el ojo humano común. El arte supremo lo intuye Goethe en la gracia rafaélítica. "Las pinturas vaticanas — dice — nos hablan en el lenguaje puro y sublime de las canciones de Homero".



Sólo en las cumbres extremas de su existencia, este corazón azotado por todas las tempestades del espíritu debía hallar su tranquilidad. Tranquilidad, silencio y serena resignación frente a la fuerza del destino: sabiduría. Cordura aprendida en la vida y en el arte griegos. La tierra de los griegos coincidía necesariamente con la de los romanos: toda la antigüedad fué transmitida a Goethe, lo mismo que a Winckelmann, por vía romana. Llena de espíritu helénico debía resultar, en consecuencia, la obra poética que prosperaba bajo cielo italiano. Todo era un alegre sumergirse en las frescas fuentes vitales. Lo estancado parecía disolverse lentamente. Abundan entonces los pensamientos y las visiones agradables. Los demonios interiores habían sido exorcizados y la paz suavizaba, sin suprimirlo, el tumulto de las pasiones. Todo inducía al sosiego y a la conciliación. No más asperezas, no más ademanes bruscos, no más fórmulas rígidas.

Hay quienes hablan de un estilo nuevo, adquirido por Goethe en Italia; quienes separan rigurosamente esta época de producción lúcida y gobernada de otra época anterior, agitada todavía por las luchas, por el esfuerzo hacia el equilibrio íntimo. Esto es injusto: el que acierta a penetrar profundamente en el alma creadora del artista, reconocerá bien pronto que la presunta transformación es sólo una impresión errónea de los

críticos; únicamente percibirá ese decidido coordinar, graduar y pulir que caracteriza, en cuanto al estilo, esta gloriosa etapa de la vida del escritor. Pero el mundo nuevo ya estaba — y en su totalidad — encerrado en el mundo antiguo. Todos los gérmenes habían sido depositados desde temprano; sólo faltaba esperar el tiempo oportuno de la fecundación y, también, la circunstancia feliz que lo abreviase. Así, por ejemplo, Ifigenia fué una silenciosa compañera del poeta en su viaje hacia el sur. Después del arribo, la tranquila meditación frente al paisaje fomenta en él la actividad creadora. "Los magníficos cuadros que me rodean — confiesa — de ninguna manera restringen la fuerza poética; al contrario, junto con el movimiento y el aire libre la despiertan rápidamente". *Egmont, Ifigenia, Tasso*, eran dramas ya acabados en el espíritu de Goethe antes de su viaje a Italia, y sólo para alcanzar su forma armónica y su pleno perfeccionamiento poético necesitaban los cuidados solícitos que les fueron dispensados en la pura atmósfera italiana. En las comarcas nativas, el poeta había presentido, sin duda, ese poder lenitivo y redentor de las campiñas meridionales. Sólo aquí encontraba la plenitud y al mismo tiempo el indispensable sosiego para llevar a buen término la tarea empezada.

Y así era, en efecto. Bajo los árboles de la "Villa Borghese" soñaba el poeta. La musa lo empujaba, como en re-vuelo místico, hacia esas alturas serenas donde el tumulto pasional de los hombres llega transfigurado, donde lo universalmente humano reluce con grandeza silenciosa y digna sencillez. Allí era posible, desde el fondo de un mundo de apariencias, contemplar el cielo y participar de Dios. Las aspiraciones se realizan, lo iniciado se completa. Hasta la misma prosa, animada también ella por el impulso de la inspiración poética y de la tendencia yámbica, se precipita ahora, empujada por fuerzas no menos íntimas, hacia el armonioso torrente del verso blanco.

Consolidado y fortificado interiormente, dueño como nunca de sus recursos expresivos, para Goethe los días romanos transcurren jubilosos. Libre de toda preocupación, su alegría de vivir desbordaba impetuosa. "¡Qué dichoso me siento!", exclama. Las *Elegías romanas* dan libre curso a este sentimiento

de alegría dionisiaca. A los mismos romanos, este hombre favorecido por los dioses se les ocurría de naturaleza divina. "Compare come un nuovo astro di cielo straniero tra le nostre selve", dicen los arcadios que lo acogieron en su medio. En el norte, dominados por la mujer amada, tan intelectual en el fondo, sus sentidos habían callado durante largo tiempo; ahora en el sur se solazaban libres de toda opresión y de todo lazo, ahora sus sentidos gozaban todo lo bello, y gozaban plenamente — es decir, en íntima e inviolable comunión con el espíritu. Su estado de ánimo mostrábase propicio para repetir en suelo italiano idilios como los de Sesenheim. Pero, esta vez, faltaba Federica.

La lira entonada al modo báquico para glorificar el vino, la mujer y los cantos, muy pronto cambió sus sonos en música de elegía. ¡También esta dicha tenía que ser pasajera! Una vez más, impostergable, sonaba para Goethe la voz del renunciamiento: no poseemos nada, a no ser aquello de que sabemos privarnos voluntariamente. Ejercitado en esta clase de desprendimientos, el poeta de *Pandora* volvíase, pues, a la ermita septentrional. Nuevamente tornaba a encontrarse rodeado de sombras. ¿Dónde habían quedado el sol ardoroso y la clara primavera romana? Como su Tasso, lloraba el esplendor perdido, la dicha anonadada.

A quien tan gozosamente había vivido bajo el cielo romano, nada fácil le resultó adaptarse de nuevo a las costumbres y al paisaje patrios. Así decía Herder: "Creo que ya no sirves para Alemania".

Los amigos que visitaban la Península, siempre le ayudaron a conservar vivos sus recuerdos, a mantener en Weimar un poco de la magia de la ciudad del sol. Cuando alguno de esos amigos estaba de regreso, ¡qué feliz hacía al poeta con el relato de sus experiencias! ¡Cómo se alegraba escuchándolo! Más de doce años después de su viaje, aún conversaba apasionadamente con Fernoro, tan amante y tan buen explorador de Italia: "Cuando hablo con Fernoro, siempre me siento como si recién regresase de Roma y, a pesar mío, me siento mejor allá que en el ambiente nórdico, soportado durante tantos años". Hacia 1790 se había fundado en Weimar un club italiano. Goethe constituía, naturalmente, el corazón de

la empresa. Von Schardt nos informa: "Ce club italien regarde un peu en pitié ceux qui n'ont pas vu ce ciel et cette terre". ¿Podía existir una cultura intelectual y estética sin el tesoro de las experiencias italianas?

Por más que en Weimar las circunstancias y ocupaciones eran tan diversas, Italia y Roma siguieron ocupando un lugar predilecto en el alma de Goethe. El mismo poeta confesó alguna vez que le sería imposible "borrar de su corazón el apasionado recuerdo del mejor tiempo de su vida, pasado en el sur". ¿Cómo hubiese podido, entonces, resistir a la tentación de combinar un segundo viaje a Venecia y una reiterada visita a Roma? Cinco años antes de finalizar el siglo ya deseaba prepararse para ese segundo viaje y, "como si jamás hubiese visto aquella tierra de promisión", según el decir de Erich Schmidt, revolvió cantidad de papeles, proyectó planes para una vasta descripción de Italia, reunió ideas y noticias acerca de la naturaleza, del arte, de los usos y de las costumbres. Deseaba bosquejar un nuevo cuadro, una historia de la cultura "desde los tiempos más antiguos hasta los más modernos", un cuadro que abarcaría también el desarrollo del hombre en su relación con la Naturaleza. Esta obra, que hubiera superado en profundidad a la del más escrupuloso erudito, se ahogó desgraciadamente entre las colecciones documentales acumuladas, que tanto placer proporcionaban al poeta. Asimismo, quería penetrar profundamente en el alma del pueblo italiano y descubrir el devenir, el crecimiento ininterrumpido y lo que se agita y obra invisiblemente en la intimidad de una nación. ¡Qué monumento de amor se presiente en estos proyectos y propósitos frustrados! Pero tampoco faltaron horas de desaliento y malhumor. Horas en las que Italia, "ese país tan trivial", parecía tierra poco deseable. "¡Esta no es más aquella Italia de la que yo partí con tanto dolor!", decía entonces. Sin embargo, lo bello siempre lo reconquistaba de nuevo, siempre ocupaba su fantasía y su corazón con magia y con encanto renovados. Con algún despecho, como se acaricia a veces a una amada un tanto esquiva, así trataba Goethe a Italia en esos momentos. El cuadro viviente que de ella se había formado en su alma tenía para él la cálida, la eterna atracción del Eterno-femenino.

A ese bello cuadro volvía el poeta en sus últimos años, incansablemente, con conmovedora adhesión. De este modo, Goethe, ya entrado en años, serenaba las arrugas de su frente y aligeraba, de igual manera, las pesadumbres interiores. ¡Cuántas veces sacaba de sus cartapacios los dibujos y las reproducciones artísticas coleccionadas en Italia! En alguna oportunidad proyectó una edición ilustrada de su viaje. Esto era una distracción para el glorioso solitario, esto lo hacía feliz por sobre todas las cosas. ¡Y cómo agradecía a Meyer esa "resonancia" personal que tan bien correspondía a su "genuina alegría italiana"! ¡Cómo le gustaba contar a sus amigos los trances y las aventuras de aquellos días cada vez más distantes y siempre presentes!

La proyectada recopilación artística de sus memorias italianas intentaba ser un presente que la nación alemana recibiría junto con su obra completa. Era un intento de crear formas artísticas y de explicar procesos humanos según los principios descubiertos o verificados en Roma. De acuerdo con ellos, lo cotidiano y hasta lo trivial debían lograr un significado excelso en la consideración y explicación de lo universal; pero lo que no podía ser exaltado hasta la esfera de lo simbólico, era algo desdeñable por episódico y transitorio.

Los agradables recuerdos de su segunda estada en Roma vinieron a sumarse a los del viaje inicial y, juntos, unos y otros, acompañaron al poeta hasta su muerte. A Guillermo von Humboldt le entusiasmaban particularmente el relato, la exposición y el comentario de esta segunda experiencia: en ellos demostraba Goethe cómo debe aspirarse a la verdad, cómo debe emplearse "lo más bello y magnífico que el mundo nos ofrece para edificación de nuestro interior ansioso" — "*das Schönste und Herrlichste, was die Welt uns darbot, zur Auferbauung unseres willigen, sehnsüchtigen Inneren*".

Junto con los trozos finales de *Fausto* y de *Wilhelm Meister*, las hojas cuidadosamente reunidas, y hasta retocadas en parte, del viaje hespérico, eran el último legado del universal poeta alemán a la humanidad, su último "mundum".

Esas hojas contenían la suma de sus experiencias del tiempo más apacible y feliz de su vida, contenían también la canción de su anhelo, siempre despierto e imposible de sosegar. En su

ancianidad animosa y fecunda, ya definitivamente retirado en la quietud y soledad de su quinta, infatigable iba ensanchando el sabio, en tarea amorosa y cotidiana, sus preocupaciones poéticas. Allí, en la pradera de Weimar, cerca del río y junto a los sauces, en la perenne guirnalda de sus canciones entretejía el poeta flores de oriente y de occidente, de Persia, de la India, de China, del Brasil y de Finlandia. Todo le interesaba, todo lo comprendía, procuraba amarlo todo. Sus palpitaciones cordiales más vehementes seguían siendo, aun entonces, para el lejano país, tan visto como soñado: Italia, Roma. El recuerdo de la bella tierra, de la cual Mignon — hija grata de su fantasía — se había alejado con el alma destrozada, era, pues, para Goethe como un refugio ideal de sus horas melancólicas. Por esos mismos años, un poco como siguiendo las huellas paternas o como obedeciendo a severo destino, hacia allá habíase encaminado su hijo único, allá había muerto y allá reposaba, precisamente al pie de la misma pirámide a cuya sombra, en otro tiempo, había pensado descansar el propio poeta.

Los dos mundos, el germano y el romano, se concertaban así, pacíficamente, en el pecho acogedor de Goethe. Un combate, una lucha entre esos dos mundos eran inconcebibles. Ambos se correspondían, actuaban en íntima y resuelta fusión, en esa suprema conformidad espiritual, que reina siempre, aunque en diversa medida, por sobre el rencor de los hombres y el odio de los pueblos.

ARTURO FARINELLI.